



**MARTÍ ANDRÉS, G.-MELENDO, T.:**

***Elogio de la afectividad.***

Ediciones internacionales universitarias, Madrid 2009; 422 pp.

Es la afectividad una dimensión del ser humano, seguramente tan importante como desatendida por los teóricos. Especialmente hoy, tras cierta exacerbación de la razón humana, y luego -por reacción- de la voluntad del hombre, ha quedado el hombre actual un tanto en manos de su afectividad; “hasta el punto –señala la contraportada del libro- de que muchas personas deciden sobre lo bueno y lo malo en función de lo que sienten”. Por estas razones, al menos, es muy de agradecer un estudio sobre la afectividad humana, que además es bastante amplio en sus perspectivas; y más si se consigue hacer en términos elogiosos acerca de ella, como este libro pretende.

El libro está escrito con una intención divulgadora; es decir, con un lenguaje muy coloquial, cercano a la vida más inmediata de las personas; y de una manera especialmente pedagógica: con divisiones claramente numeradas, recuadros que destacan algunas ideas, resúmenes y conclusiones parciales intercalados, etc. Por tanto está dirigido a un público muy amplio, sin especiales conocimientos de filosofía o psicología.

Y el libro se divide en dos partes: la primera –que engloba cinco capítulos- pretende describir y caracterizar, definir y clasificar, el complejo mundo de los afectos; la segunda –que abarca otros cinco capítulos- integra los afectos en la persona humana, señalando su unidad y su raíz, para así potenciarla tal que llegue a ser –como lo dice- una afectividad rica, jugosa y eficaz.

Creo entender que, según los autores, es la unidad radical de la persona humana, un ser incorporado, la que exige la integración en ella de su afectividad; que es el amor al bien la raíz última de todos los afectos; y que es la apertura de la persona a la realidad, o su centrarse en sí misma, las que avaloran su vida afectiva: para que sea una vida afectiva fecunda, o más bien desbocada. Me llama la atención la idea de aprovechar la afectividad, de manejarla, con la que termina el libro.

Y detecto un problema, que los autores no dejan de señalar, en la noción misma de afectos espirituales: si no hay contacto con las cosas, por ser el espíritu

inmaterial, ¿cómo hablar de pasiones?, ¿cómo los valores del espíritu, que no son cosas materiales, afectan también a la persona humana?. Se me ocurre que la persona no sólo es afectada por las cosas con que trata, sino por su propia actividad mediante la que interactúa con ellas; por ser afectado por esas actividades, caben los afectos espirituales; máxime cuando el espíritu es mucho más dinámico y activo que el organismo, y además llega más lejos que él.

Pero las acciones humanas repercuten sobre la subjetividad principalmente generando virtudes o vicios, hábitos adquiridos; son éstos, pues, los que elevan o deprimen la afectividad humana. Si además de hábitos adquiridos, hay otros que son innatos a la persona, con ellos tendrá que ver el nivel más alto y profundo de su afectividad: los afectos más espirituales del hombre.

Juan A. García González